

Tierra y Libertad

Numero suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares 1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre 1'00 ptas
Extranjero 1'50 ptas

Después de las elecciones

Pasó, repetida una vez más, la antigua comedia representada en la farsa electoral. Con el resultado viene aparejado el juicio de la prensa asalariada sobre el cambio que haya podido experimentar la opinión, y todos, vencedores y vencidos, encuentran justificantes a sus derrotas y triunfos.

Nosotros, aunque no votamos, también podemos sacar consecuencias y hacer comparaciones.

Es innegable el triunfo de las derechas sobre los partidos avanzados y conjuncionistas, así como es cierto también el retraimiento de la masa electoral, compuesta esta vez en su mayoría de burgueses, empleados del Estado y polizontes, los cuales, mediante la disposición de La Cierva, se ven obligados a depositar el voto en las urnas y por tanto parece natural, tratándose de hombres incapaces, que voten por quien figura sostenerle en la vagancia, el Estado, y que a decir verdad sólo viven con el producto de nuestro trabajo.

El partido republicano, desaparecida la plataforma que les servía de base en su campaña electoral, como era el impuesto de consumos, no ha encontrado esta vez otro truco para engañar a los tontos y éstos, los menos, se han retraído y los demás se han limitado a ejercer de comparsas.

Empieza a comprender el pueblo que trabaja, el pueblo que fabrica su miseria creando la abundancia de los parásitos, que el hecho de suprimir unos impuestos para crear otros más crecidos, en nada le puede beneficiar, porque toda la riqueza, todo el tesoro que el Estado tiene que acumular para sostener la desigualdad y la injusticia que impera, tiene que salir forzosamente de nuestro trabajo, mírese por donde se mire. Nunca cien pesetas produjeron una sola. Es preciso que el trabajo las multiplique. El capital es innecesario a la vida y el trabajo es el único que nos puede hacer agradable y factible la existencia.

Parece increíble que aun existan cándidos obreros—sólo hablamos de trabajadores—que crean todavía en la supresión de impuestos y mejoras que pueda otorgar el Estado.

Constantemente vemos los aumentos que en las recaudaciones obtienen los gobiernos y, sin embargo, siempre pesa el déficit sobre ellos, lo que quiere decir que están dispuestos a aumentarlos y nunca a reducirlos.

Los presupuestos aumentan constantemente, y si hoy necesita el Gobierno mil millones para el sostenimiento de los parásitos, mañana necesitará dos mil y pasado tres mil y así sucesivamente, y todo ello ha de salir cómo no de nuestro trabajo única y exclusivamente, pues con lo que contribuyen propietarios, capitalistas y demás explotadores, no es más que con el producto del robo de que antes nos hacen víctimas.

Los socialistas madrileños se han convertido, con estúpida terquedad, en defensores ardientes del impuesto de inquilinato como sustitutivo del de consumos, cuando los caseros, bestias feroces, protestan contra él y pretenden hacer ver que de este modo el reparto de los gravámenes nacionales será justo y equitativo, cuando de ese modo y con esa conducta no hacen más que pagar la deuda que con la burguesía contrajeron por el acto que otorgó al ex obrero don Pablo Iglesias.

La verdad a flote

Ya sospechábamos que los compañeros que en Méjico hace tres años que con las armas en la mano sostienen la revolución social que ha de dar la tierra al que la trabaja y las herramientas de producción a los productores, no permanecerían inactivos con motivo de los sucesos políticos últimamente desarrollados en aquel país.

Pero la prensa burguesa ocultaba cuidadosamente cuanto pudiera referirse a la acción de los libertarios y sólo facilitaba noticias sobre los que aspiran a la conquista del poder o pretenden conservarlo a costa de la sangre de millares de proletarios que estúpidamente prestan su concurso a las ambiciones de sus enemigos.

Con impaciencia esperábamos *Regeneración* y al recibirlo hemos comprobado que nuestros compañeros son ajenos a toda combinación con los acaparadores del poder y que su actuación durante dichos sucesos ha sido cual corresponde a los que se batien

Los radicales en Barcelona, cuya etapa de mayoría en el ayuntamiento no tiene igual como desmoralizadora y despilfarradora, pues se pueden citar negocios grandes y chicos—para todos los gustos—también defiende aquí un proyecto de agua, del que protestan tenderos y caseros, eternos explotadores y que no impedirá, si el impuesto y proyecto se aprueban, que encarezcan los artículos de primera necesidad y suban los alquileres y que rebajen, si se les consiente, el precio de la mano de obra, resultando como finalidad de tanto maremagnum que sólo los que producimos y no tenemos valor para rebelarnos, somos los que pagamos los vidrios rotos.

En tanto, el Estado no puede impedir que las sociedades eléctricas de Madrid se fusionen y eleven el precio del fluido en un 60 por 100, pero sí puede mandar policía que vigile a honrados trabajadores; las fuerzas necesarias para impedir una huelga y soldados que ocupen los puestos de los huelguistas, a semejanza de la última huelga ferroviaria y a pretexto de interés de servicio público; puede también condecorar a los esquirols tranviarios de Barcelona que traicionaron a sus compañeros ferroviarios, y estos individuos, seres degenerados, ostentarán orgullosos en su innoble pecho el emblema de la castración premiada, siendo en realidad que no defiende más que a la burguesía, de la cual los individuos del Estado forman parte integrante.

No busquéis en el Estado nada noble y bueno en favor de los trabajadores; no intentéis que las ciencias, las artes y los medios de educar se pongan al alcance de la clase proletaria por el chupón insaciable; no pretendáis que la enorme esponja que absorbe con deleite las gotas de sudor de todos los que yacen bajo su férula, haga más factible la vida del oprimido, del sujeto a todas las vejaciones, a todas las injusticias.

Obrero que votaste en las pasadas elecciones; trabajador que piensas votar en las próximas que se celebren; sin duda no has pensado que al depositar tu voto en la urna misteriosa hacías y harás negación propia de tu individualidad, encargando a otro job, cándido que mejor te misérrima condición, cuando eres tú, tú en unión de tus hermanos explotados, el único encargado de mejorarla con tu esfuerzo; que no sólo olvidas tu actuación de ser humano en lo que a ti se refiere; sino que con tu conducta inconsciente labras los eslabones de la cadena que ha de sujetar al yugo opresor a tus hijos, que dices querer tanto y por cuya sciencia nada absolutamente harás de provecho mientras sigas empotrado en el charco cenagoso de la política, corruptora de los corazones nobles y castradora de las energías viriles que ostenta el hombre.

Sé otro hombre. Piensa, estudia y aprende a discernir todos los asuntos para ver claro que la prosa de la vida es el pan, los cereales, las máquinas, las minas, los ferrocarriles y todo cuanto significa actividad y producción y que sin ti no hay ni puede haber belleza y poesía. Eres la materia principal y tú no necesitas políticos, capitalistas, comerciantes, caseros y demás vampiros que forman las llamadas clases directoras.

Piensa y estudia esto y... no votes.

bajo los pliegues de la roja bandera con el lema de «Tierra y Libertad.»

Zipata, con 3.000 hombres, se encontraba en las afueras de la capital vigilando los movimientos de los revolucionarios políticos, mientras Genovevo de la O. y Alfonso Miranda penetraron en la ciudad.

Dice *Regeneración*:

«Llega Genovevo a la ciudad de Méjico al frente de miles de compañeros. Inmediatamente los prisioneros de Belén que habían sido libertados, se unieron a los anarquistas y al instante comenzaron a saquear el comercio, a pesar de que los tiranos Madero y Díaz tratan de hacer efectivo el odioso y criminal derecho de propiedad privada.

Madero, por medio del esbirro Huertas, envía un ultimatum al jefe del movimiento, Díaz, diciéndole que si se rinde con todas las fuerzas se le dará un buen tratamiento. Díaz dice a Madero que él no dará merced ni la pide, lo que quiere decir que este pleito es un duelo a muerte.

No importa; mientras esos perros gruñen y se disputan el hueso, los verdaderos re-

volucionarios se apoderan de la riqueza social, como la tierra, la maquinaria, la semilla y demás artefactos necesarios para trabajar».

El esbirro Banquet salió de la ciudad con intención de hacer las paces con Zipata, para que les ayudara a poner en el poder a Díaz, ya que no pudieron sostener a Madero; pero Zipata esperaba la oportunidad de intervenir contra unos y otros para hacer saltar hecha atillas la silla presidencial, que es fácil quede vacía porque en Méjico va siendo mal negocio el usufructo del poder.

Como suponíamos, pues, la bandera roja del partido liberal mejicano continúa enhiesta y las filas revolucionarias van nutriéndose con nuevos elementos que deseñan de la lucha política se deciden a unirse con sus compañeros de explotación, para juntos, identificados por iguales aspiraciones e idénticas necesidades hacer en beneficio propio los sacrificios que hasta ahora han hecho para el encumbramiento de vividores que una vez encumbrados han sido los principales enemigos del pueblo.

El 18 de Marzo

La juventud obrera desconoce la importancia histórica de esa fecha.

La persecución burguesa ha roto la relación de los recuerdos: ha interpuesto entre los trabajadores de fines del pasado siglo y los del presente las leyes excepcionales, la pesada política y el pacto del hambre; y quebrantada la organización obrera, habiendo de trabajar siempre en sentido constituyente en vez de vivir en organización constituida, la educación y la solidaridad se han rebajado, naturalmente. Si a esas causas se añade la desviación política y aun la socialista parlamentaria, que tanto distraen a muchos trabajadores, y que tanto dificultan la acción propagadora de los compañeros constantes y conscientes, se explicará la indiferencia de la actualidad comparada con la animación de los años finales del siglo anterior.

No obstante, la corriente progresiva ni se agota ni retrocede: mana siempre, regida por la ley de gravedad y la del menor esfuerzo; va cuesta abajo; y mientras la burguesía se atasca en el militarismo, a quien se entrega para que le defienda, llegando hasta el callejón sin salida de la paz armada y el imposible del presupuesto de guerra, los trabajadores proclaman hoy como lo proclamó la Comuna de París: «la tierra al agricultor, la maquinaria al obrero, el trabajo para todos.»

Por esa y otras manifestaciones comunistas y cosmopolitas del proletariado parisiense, Thiers, la fiera gobernante de Versalles extremo, la rabia perseguidora, a un periódico burgués simbolizó en una frase odiosamente sangrienta y criminal: «exterminense los lobos, las lobas y los lobeznos.»

Y en efecto, los sayones de la burguesía alcanzaron en la semana sangrienta el record de la matanza popular.

Esforzémonos en evitar su repetición, tras una guerra futura y tal vez próxima, organizándonos para oponer al choque de los ejércitos la falta del rancho por la paralización de la producción y del transporte.

Convenzámonos al fin de que la orientación puramente emancipadora está, no en la ilusión de reformas seductoras e ineficaces, no en el gaudium cooperativo, no en la alcancía resistente, no en una mayoría socialista parlamentaria, todo lo cual mantiene a los proletarios nacionales bajo el dominio de sus respectivas burguesías, sino en la mancomunidad sindicalista del proletariado mundial, que, guiado por un ideal racional oponga el veto a la usurpación de la riqueza social.

¡Por fin!

¡Por fin! La sociedad actual puede estar satisfecha. Celosos e inteligentes jueces se han encargado de vengarla. Cuatro penas de muerte y una infinidad de años de presidio impuestos a los «bandidos trágicos» (a la semana de julio la calificaron también de «trágicos») lo atestiguan.

Ya su nombre no volverá, cumplida la sentencia, como una amenaza a indigestar el estómago a tanto banquero ladrón, ni a perturbar el sueño de tanto príncipe follero y tahur. Sólo quedará su recuerdo como futuro escarmiento de tanta canalla que osa atentar contra los principios de la sociedad robando sin vestir frac ni ostentar ninguna condecoración.

Sin embargo, apenas publicada la sentencia, un movimiento de reacción se ha manifestado en Francia. El pueblo, apartado ya de la influencia de los artículos de periódicos patriotas y nacionalistas empieza a dudar, con incertidumbre, respecto a la culpabilidad de los condenados. De un periódico burgués extracto los siguientes fragmentos de un artículo intitolado «Incertidumbre tardía» y que pintan bien clara dicha transformación.

«Después del suicidio de Carouy, todo el mundo, incluso los jurados, se pregunta: ¿será inocente? Porque es el caso que en la sentencia han influido más los artículos de los periódicos y las afirmaciones policíacas, que las pruebas de culpabilidad.»

Carouy se suicida desesperado por la condena de un delito que asegura no cometió y entonces, ante su cadáver, todos, jueces, fiscales, jurados, policías y periodistas, se preguntan: ¿será verdad que era inocente? Nosotros, profanos en materia de ley, pensamos que esta pregunta debieron hacérsela antes de pronunciar el veredicto, antes de dictar el fallo, antes de acusar y antes de escribir tantas veces «el terrible bandido Carouy» para emocionar a las porteras. Ahora, con Dieudonné, esperan a lo mismo para pensar que acaso sea cierto que no disparó contra ese sospechoso Gaby.

Yo no sé si los jurados han obedecido a su conciencia al declarar culpable a Dieudonné, pero es muy curioso que si le creyeran culpable de tan terrible crimen se apresurasen a firmar una solicitud de indulto. ¿No les quedaría alguna duda sobre su culpabilidad? ¿No lo hicieron porque los periódicos daban razón a Gaby? De Carouy, ante su cadáver, la justicia de los hombres se pregunta, ¿será inocente? Esperemos a que caiga la cabeza de Dieudonné para que se digan: ¡quién sabe si lo de los ojos negros no fué una parrucha y un deseo de venganza de Gaby!»

Según como se observa, se ve intuitivamente, de una manera vaga, cierto paralelo entre este asunto y el affaire Dreyfus. Los mismos personajes, el mismo drama, el mismo escenario. Una prensa patriótica y capitalista haciendo condenar con sus gritos y calumnias a un inocente; un público ignorante, embrutecido y embriagado con los gritos de «viva la patria y viva el ejército» todo un chaparrón de injurias y denuestos contra los anarquistas, los sans patrie.

Luzgo, publicada la sentencia, la duda y el remordimiento empiezan a corroer corazones. Un grupo de voluntades firmes y entendimientos serenos que defiende a los condenados, luchando contra la turba militarista y patriótica. Al fin la prueba de la inocencia triunfando con la Verdad y la justicia. Ahora, repito, sucede igual. Contra la prensa vociferadora que defiende al capitalismo, nos alzamos un grupo de anarquistas dispuestos a no consentir que se cumpla una sentencia vergonzosa contra unos inocentes, y venceremos.

¡Ah! Y los políticos que se dicen de ideas avanzadas y que cuando se aproximan elecciones nos llenan la cabeza con discursos contra la pena de muerte y organizan manifestaciones y cursan telegramas de protesta, ¿cómo es que ahora no dicen esta boca es mía?

Es que, sin duda, tratándose de anarquistas no vale la pena de molestarse.

IGNACIO BACH

La ilusión de una reforma

A fuerza de volver sobre una misma cuestión acabamos por desorientarnos en vez de consolidar nuestros puntos de vista y robustecer nuestras opiniones.

Después de haberse hablado hasta la saciedad de las leyes protectoras del obrero, patrocinadas en Inglaterra por el ministro de Hacienda Lloyd George; después de haberse demostrado una y mil veces en la prensa obrera la casi total ineficacia de esas pretendidas reformas, vuelven nuevamente a ocuparse de ellas algunos compañeros, ensalzándolas con visible exageración y en términos injustificados.

El compañero Tarrida del Mármol publica en *Cultura Obrera*, de Nueva York, un artículo relativo a esas reformas, artículo cuyo contenido hace indispensable una réplica, una pequeña protesta. Además, el compañero Juan Cualquiera, desde las columnas de *El Porvenir del Obrero*, menciona y comenta el trabajo de Tarrida, sacando algunas conclusiones que considero un tanto desacertadas.

Como la cuestión que se debate reviste suma importancia, pe sé desde el primer momento ocuparme de ella para refutar ciertos argumentos que estimo equivocados. Y aunque mi buen amigo y compañero Anselmo Lorenzo, en el último número de este periódico y con su habitual forma sencilla y contundente, pone ya los puntos sobre las íes tratando el mismo asunto, quiero, sin embargo, aportar algunos datos con objeto de demostrar la insignificancia de los tan cacareados seguros obreros. Si se hubiese hablado de ellos como una de tantas concesiones pasajeras que el Estado otorga de vez en cuando, nada tendría que objetar; pero se les está dando tal bombo y tanta importancia se les adjudica, que no parece sino que la clase trabajadora ha triunfado en toda la línea y va a vivir poco menos que en un paraíso terrenal.

Empieza Tarrida su trabajo cantándonos las excelencias del seguro contra la enfermedad. Y en verdad que no hemos acertado todavía a descubrir esas excelencias y esas enormes ventajas. Todos los asegurados recibirán, cuando exijan enfermos, medicamentos y atención facultativa gratuitamente, además de una indemnización de diez chelines cada semana que estén parados por motivo de enfermedad. Los hombres percibirán esos diez chelines durante los tres primeros meses y después solamente cinco chelines; las mujeres recibirán siete chelines y medio. Perfectamente. Pero ¿de las cuotas no se habla? Pues bien merecen la atención. Los obreros asegurados quedan sujetos al pago de cuatro peniques semanales y tres las obreras; con igual o aproximada cantidad contribuirán los patronos, para ayudar al Estado a hacer efectivo el seguro. Organizado de esta manera ¿Será cierto que el Estado inglés necesita grandes sumas, según se asegura, para que aquél pueda ser un hecho? No lo entendemos así.

Con muy buen acierto menciona Lorenzo los montepíos o sociedades de socorros mutuos que existen en E.ªaña, en que por una peseta al mes se suministran médico y medicina y doce o catorce pesetas semanales, según la organización o los ingresos de la sociedad. Si por medio de agrupaciones particulares, organizadas entre los mismos trabajadores, se obtienen muchas más ventajas que las que ofrece el Estado, pagando en ambos casos la misma cuota, ¿para qué tanto bombo en honor de Lloyd George y

de sus reformas? Además, si en los indicados montepíos se pagan los seguros única y exclusivamente de las cantidades recaudadas en concepto de cuotas, ¿por qué el Estado inglés, que recibe de los obreros igual cantidad que la que pagan los preterecientes a nuestros montepíos, más las cuotas de los patronos (que no perciben subsidio alguno), afirma que va a costarle la reforma muchos millones de libras esterlinas? Esperamos que nos aclaren esto.

Oro de los seguros establecidos por el Gobierno británico es contra la vejez. En la ley que Lloyd George presentó al Parlamento se consignaba que la edad requerida para tener derecho a percibir la pensión era la de 70 años! Creo que más tarde la rebajaron a 65; pero así y todo, ¿no constituye ello una burla inferida a los trabajadores, la inmensa mayoría de los cuales sucumben mucho antes de aquella edad por que el estenuante e ininterrumpido trabajo les agota prematuramente?

Para demostrar que no somos úniques: amenos nosotros los que combatimos esas pretendidas reformas, sino los mismos trabajadores ingleses, véase lo que acordó a raíz de la aprobación de la ley, el XLI Congreso de las Trade-Unions reunido en Nottingham el día 7 de septiembre del año 1908. «Aun reconociendo el gran paso que se ha dado con la aprobación de esta ley, es deber nuestro esforzarnos en suprimir las restricciones referentes a los páuperos ancianos y en rebajar el límite de edad. Setenta años es una edad avanzada en estos tiempos de agobiante trabajo, y no podemos darnos por satisfechos con planes que en más de un caso obligarán a los viejos a convertirse en pobres antes de llegar a ser pensionistas.» (1)

Y téngase en cuenta que la precedente declaración la formula un organismo defensor de la política parlamentaria o reformista.

Dice Tarrida en su artículo: «Otra reforma, la más hermosa que haya aprobado jamás un Parlamento, puesto que su aplicación equivaldrá al reconocimiento del sublimne principio del derecho a la vida por el trabajo o a falta de éste por la solidaridad colectiva, hace su aparición, asegurando contra el paro a ciertas categorías de obreros, los mecánicos y los del ramo de construcción. Se trata de un soberbio experimento que si da resultados satisfactorios, como seguramente los dará, se aplicará pronto a todos los trabajadores sin excepción.»

¡Hum! ¿Para reconocer al trabajador su derecho a la vida hay que proceder primero a un experimento para ver si da resultados satisfactorios? Francamente ignoramos qué clase de experimentos son esos.

Muchas objeciones podrán oponerse al seguro contra el paro forzoso. Ma limitaré a copiar un fragmento de un artículo que publiqué en *Tierra y Libertad*, hace ya bastante tiempo, sobre la misma cuestión. Decía así: «Cuando un burgués con sus injusticias, con sus arbitrariedades, produzca la desesperación de sus trabajadores y acuda a la huelga antes que dejarse humillar vergonzosamente; cuando ese mismo burgués despidiera sin motivo ni justificación a alguno de esos trabajadores, y sus compañeros, realizando un hermoso acto de solidaridad, abandonen el trabajo como único medio para hacer valer pacíficamente sus

(1) Congreso Sociales en 1908 (pág. 125.—Instituto de Reformas Sociales.